

La cátedra de la prensa.

("La Epoca", Madrid, 2 setiembre 1898)

15-2/78

1-138

CRÓNICAS CONTEMPORÁNEAS

La cátedra de la prensa.

En los pueblecillos en que el escaso desarrollo de la economía mercantil no ha permitido aún cierto grado de diferenciación del trabajo, véndense en una misma tienda los más heterogéneos artículos: alpargatas, chocolate, paños, cacharros, pimienta, etc., mientras en grande centros mercantiles hay despachos de un solo artículo muy especificado, de un género de pañería, por ejemplo.

En las pequeñas villas de mi país he visto mil veces cacharros llenos de pimienta en polvo y en éste metidas pipas de barro como mata de flores en un tiesto. Se vende todo, cacharro, pimienta y pipas.

De la misma manera en España, donde en tan lamentable atraso yace la economía intelectual, véanse obligados los periódicos á hacer de almacenes de cultura, así como en países más adelantados vuelve el periódico á ser, por un proceso de integración, el receptáculo en que se recoge la última cristalización de toda actividad mental humana, el sumario de los adelantos todos.

Aquí, donde tan pocos libros serios se leen, donde tan difícilmente viven las revistas generales serias, y donde las técnicas tienden á boletines administrativos, tiene la prensa diaria que suplir tal deficiencia, acudiendo á elevar poco á poco el nivel de la cultura media y procurando, cuando menos, abrir el apetito de saber de las gentes. Estoy seguro de que las revistas de curiosidades científicas que algunos diarios publican habrán excitado en más de uno las ganas de enterarse de ciertas cosas, y nadie me quita de la cabeza que, después del folletín, interesan tales revistas mucho más que los amazotados artículos políticos, machacones ó gárrulos, en que no se hace sino dar cien mil vueltas á cosas que apenas tienen cuatro caras.

El periódico debería ser antes sugestivo que instructivo, pero también instructivo; debería tener algo de cátedra.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SAL.ES

Conviene que el lector desecho al llegar aquí la imagen que al leer eso de cátedra acudirá, de fijo, á su cabeza; la de un señor tieso y grave que, inscrita la cabeza en un prisma exagonal, va exponiendo durante una hora á unos muchachos que toman apuntes, como descosidos, la lección 33, 45 ó 67. No es esto.

Antes del descubrimiento de la imprenta, cuando la adquisición de un manuscrito era costosa y más costosa aún la difusión por escrito de las enseñanzas de un maestro, las Universidades recogían á los jóvenes estudiosos que iban á oír la *lección*, esto es, la lectura del catedrático ó *lector*, quien leía del texto, no pocas veces atado al pupitre ó púlpito, y á las veces lo comentaba. A oír al gran Alberto acudían á París, pidiendo no pocos limosna por el camino, estudiantes de los más remotos países. Los Albertos de hoy, sean grandes ó pequeños, en vez de recoger en torno de sí alumnos, difunden por la imprenta sus enseñanzas. La imprenta es la que ha matado á las viejas Universidades, á las del catedrático lector, y si han de continuar subsistiendo no tienen otro remedio que convertirse en lo que los alemanes llaman *seminarios*, en laboratorios de investigación. El catedrático hoy ha de ser el maestro de un taller, no un *lector* de memoria. Huelga que exponga de palabra lo que mejor puede exponer por escrito.

El papel de la vieja Universidad, el de difundir conocimientos y vulgarizar ciencia hecha, ha pasado en gran parte á la prensa periódica, que debe ejercer de lo que los ingleses llaman *University Extensions*. Pero á la vez la prensa no debe dar letra muerta, meró extracto de trabajos abstractos, sino que debería encarnar sus enseñanzas en casos concretos, en lecciones de cosas ó de sucesos.

La prensa es hoy ante todo órgano de información, se dice. Sí, ¿pero información de qué? La información puede ser lo más instructivo, ya que da la materia prima de toda ciencia.

¿Qué cosa más delicada y difícil el dar una simple noticia, el *informar un suceso*, y cómo en la manera de redactarlo se puede, sin pedantería alguna ni ostentación didáctica, instruir al que la lee!

En las obras de Schopenhauer se encuentra en confirmación de sus doctrinas citados relatos de sucesos leídos en periódicos, sobre todo en *The Times*, que á diario repasaba.



Hacer una buena sección de noticias, copiosa é instructiva, es, en realidad, tarea tan delicada como hacer artículos de fondo, de la misma manera que investigar y exponer datos de observación es cosa que exige dotes científicas, si bien diversas, no menos preciosas y meritorias que las requeridas para fraguar hipótesis ó teorías. Por lo común, con estar entre nosotros tan mal hechas las secciones de noticias, suelo encontrar en ellas más relatos de sucesos aprovechables, que de ideas en los fondos.

En sencillos relatos de sucesos—de la caída de un albañil de un andamio—puede darse una sugestión fecunda, é instructivas lecciones de cosas. La prensa es la que da el principal material de la historia contemporánea, y la historia es la materia prima de la sociología, de donde ésta ha de sacarse.

Pero hay un mal análogo, al que Schopenhauer veía en la ciencia á sueldo. El enseñar debe ser, antes que oficio para vivir, obra de caridad. Y la prensa es negocio. Todo aquello del sacerdocio de la prensa suena hoy á hueco.

La prensa va pasando del período que podíamos llamar manufacturero al propiamente industrial; va convirtiéndose de taller en fábrica. En la manufactura son los trabajadores los que se diferencian, cultivando cada cual su especialidad; en la fábrica es el instrumento mismo el que cumple la diferenciación, reduciéndose el obrero á cuidar de su máquina. Se tiende á abaratar el producto, aun á expensas de su calidad, porque el consumidor puede exigir poco y prefiere margarina á manteca de vaca, si aquella es más barata.

Industrializada la prensa, ¿tiende á convertirse en

potente máquina en que todo se hace á molde. Ya no se forja el material á mano, sino que se le funde en moldes. Para las noticias hay uno, otro para los fondos, etc. Los diarios se hacen casi solos; con unos cuantos asalariados, obreros *unskilled*, que bastan para hacer andar el mecanismo. Esto permitió decir al administrador de cierto diario que entre él y el regente podían hacer el periódico.

Aún podría decir algo de los efectos de la concurrencia industrial y mercantil en la deteriorización de los productos periodísticos; pero el tema es casi inagotable. Baste por hoy.

MIGUEL DE UNAMUNO.

